

La metáfora de la nave, de Arquíloco a Esquilo

El haber acometido recientemente el estudio de la dinámica seguida por la imagen poética, con su transformación posterior en metáfora y por fin en símbolo, me lleva a comunicar a ustedes este pequeño adelanto, parcial y limitado dentro del campo de la literatura helénica, ciñéndome a bosquejar el camino seguido por la imagen de la nave hasta llegar a *Los Siete contra Tebas*.

La primera vez en que aparece documentada la imagen de la nave simbolizadora de la comunidad ciudadana es en uno de los más bellos y significativos poemas tetrámetros trocaicos de Arquíloco (fr. 163 Adrados), en el cual se ha integrado, con muy buen aviso, a partir de Diehl, lo poco legible de un papiro del Museo Británico:

*Mira, Glauco: ya las olas agitan la mar profunda
y allá, en las cumbres del Gíras, derecha nube se posa,
signo de tormenta; el miedo nos apresa de improviso.*

... por la mar raudas las naves avanzan,
... ea, icemos el velamen
soltemos los aparejos, y tú la brisa recoge.

El resto del papiro, prácticamente intraducible por ser en exceso arriesgada cualquier tentativa de restauración, deja, no obstante, vislumbrar un sentido general de exhortaciones en pro de la salvación común. Se ha dicho — y no oponemos reparo alguno a los ricos índices de *loci paralleli* de la edición diehliana — que el material de que se sirve en este caso el poeta de Paros se encontraba ya a su disposición en más de un pasaje homérico adonde remitimos a nuestros oyentes. Lo cierto es, sin embargo, que, a juzgar por la documentación disponible, es Arquíloco quien por primera vez pone ante nosotros, elaborada de una manera plena y total, la metáfora del bajel que enfila las riberas del continente tracio, decidido a afrontar la tormenta. Aquí se superponen dos planos de expresión poética. Uno, el de la traslación a imagen poética de un recuerdo vívido en el autor: una travesía real desde Tasos al continente, con alguna de aquellas bandas de aventureros a quienes, por tenerlo todo fiado al albur de un futuro posible, les era dado arriesgarse por una mar tempestuosa y confiar en el propio coraje a la hora de evitar que el navío se viese arrastrado por los vientos a destrozarse contra los escollos. Pero no tenemos más remedio que fiarnos de Heráclito (*Alleg.* V) cuando nos dice que los versos de Arquíloco han de tomarse en un sentido alegórico, con referencia, sin duda alguna, a la guerra de los colonos de Tasos contra las poblaciones tracias del continente. La épica habría resuelto las cosas de otro modo: poesía del “entonces”, del “allí”, de “ellos”, habría puesto en paralelismo los dos planos, mediante un símil; la novedad de la poesía personal arquiloquea consiste en

reducir a la unidad el plano de la situación vivida y el de la realidad presente; por de pronto, la *gnome* queda rechazada de antemano, como consecuencia del salto de la narración — épica — a la actualidad, a la expresión del “tú” — dramática: vemos, en efecto, el nombre de Glauco, el eterno compañero de armas de Arquíloco, a la cabeza del poema; de la localización exacta del suceso aludido da idea la cita del monte Giras; significativo es igualmente el uso de los verbos en presente de indicativo.

El siguiente paso, el de la elevación de la metáfora al rango de símbolo, nos es dado por tres fragmentos de Alceo. No poseemos, es cierto, evidencia alguna de que Arquíloco fuera el intermediario entre el material homérico y la alegorización por parte de Alceo, pero el hecho de una influencia de la poesía yámbica jonia en la lírica personal lesbiana está más que probado en otros casos y confiere un carácter de alta verosimilitud a nuestra teoría. El fragmento A 6 L.-P. ofrece las lagunas suficientes para que no intentemos una traducción seguida, aunque el sentido es claro incluso en las particularidades:

De nuevo la ola avanza, como la de antes, y nos dará mucha fatiga para
[saltar cuando entre en la nave...]

Asegurémonos raudos, y hacia puerto seguro corramos.

Que de nadie se apodere una débil vacilación... Está claro...

Acordaos de antes... y que ahora cada uno demuestre su firmeza.

Al punto aparecen los contactos y las divergencias con los versos de Arquíloco: por una parte se conserva, ya para siempre, como elemento adquirido, el plano de lo dramático; nos encontramos también con la “ola”, simbolizadora del enemigo, que amenaza anegar el bajel; y la misma exhortación al valor, a evitar el decaimiento. Pero también hallamos un nuevo elemento: el del puerto de salvación, que viene a ilustrar y a comunicar fuerza a un nuevo aspecto de la realidad.

Pero donde la metáfora alcanza su desarrollo definitivo dentro de la lírica es en el poema Z 2 L.-P.:

*No entiendo la revuelta de los vientos:
ora de un lado rueda el oleaje,
ora de otro, y nosotros en medio,
con la negra nave arrastrados vamos,*

*por la grande tormenta fatigados.
El pantoque supera el pie del mástil,
la vela toda ya se transparente,
y jirones enormes penden de ella;*

aflójense las jarcias, y el timón

... los pies tengo enredados en la escota:

y únicamente eso a mí me salva...

El avance dado en la utilización del recurso es importante: aquí no nos encontramos ya con la exhortación a afrontar el riesgo vecino, sino que el tema de la tempestad ocupa la mayor parte de la superficie del cuadro; no obstante, hay que concluir que, al menos en el estado en que el poema nos ha sido transmitido, el binomio nave/tempestad, aparece sustituido por una nueva relación yo/tempestad. La individualidad del poeta se halla resaltada por tres veces, la primera de ellas en una actitud descriptiva: ἀσυνέτημι τῶν ἀνέμων στάσιν; a partir de este punto, la imagen de la tormenta cobra una independencia casi absoluta con

respecto al hecho simbolizado, ya que no podemos establecer un paralelismo entre la realidad y los diferentes trazos que el poeta marca con mano vigorosa mediante un lenguaje sencillo, directo y coloquial.

Que la imagen de la nave a la deriva queda ligada de un modo definitivo a la poesía estasiótica, lo demuestran estos versos, tan conocidos, de Teognis; su ligazón, un tanto forzada, a los dos dísticos anteriores de la elegía, muestra cómo un mero procedimiento puede llegar a alcanzar una existencia y un modo de ser completamente independientes:

*Porque ahora en deriva vamos, las blancas velas arriando,
allende la mar de Melos, en la noche tenebrosa;
achicar ellos no quieren, y ya las aguas se lanzan
por encima de los flancos; difícil es ya salvarse,
pero ellos van maniobrando; el mando han quitado al hábil
piloto que por la nave con arte suma velaba,
y rapiñan los tesoros: no existe ya disciplina;
no está el botín ante todos ni por igual se reparte;
los cargadores gobiernan, el vil está sobre el bueno,
y temo yo que la ola no caya a tragar la nave.
Estas palabras, de enigma veladas, digo a los buenos,
mas también, cuando es prudente, el hombre vil las entiende.*

Prescindamos por ahora de identificaciones de autor — hipotéticas siempre, cuando no arbitrarias —, así como del problema de dilucidar la ocasión en que el poema fue escrito; lo importante en verdad es que podemos establecer un paralelismo entre los distintos desarrollos de la metáfora y los diversos aspectos de la realidad. Así, el citado pasaje de Teognis, Eveno de Paros o quien sea, podría explicarse del siguiente modo, una vez descalzado el coturno de la poesía: "Nuestra ciudad está en peligro y nadie desea poner remedio a la situación, cuando la plebe amenaza con destruirla; ellos actúan mientras nosotros permanecemos inactivos; han arrancado el poder a la aristocracia, se reparten sus posesiones y la ciudad está al borde de su perdición".

Lo dicho hasta aquí viene a dejar patente que la metáfora de la nave se había hecho común en la poesía estasiótica aristocrática con referencia a las luchas de la clase poseedora contra los partidos populares que apoyaban a los tiranos. Atenas habría de ser el crisol donde se fundirían conjuntamente los procedimientos poéticos de la elegía y el yambo jonios, y la monodía eólica y la oda coral doria. Los dos o tres testimonios que en Píndaro tenemos de la utilización de elementos diferentes de la metáfora de la nave muestran hasta qué punto ésta había dejado de constituir un *gríphos*: cada vez que la poesía miente al "piloto" a la "nave" o a las "olas", el oyente entenderá claramente las referencias respectivas al "gobernante", a la "ciudad" y a los enemigos políticos, ya sin necesidad de delinear la totalidad del cuadro de la nave en peligro, puesto que, a fuerza de uso y desarrollo, cada uno de sus temas ha cobrado individualidad y autonomía.

El comienzo de *Los Siete contra Tebas* es el primer ejemplo de utilización de la metáfora en la tragedia:

*Ciudadanos de Cadmo, decir a qué conviene
quien su oficio vigila a popa de la villa
el timón gobernando, sin ceder su ojo al sueño (vv. 1-3).*

Vemos aquí cómo la metáfora bordea los límites de la ilusión; el puente de enlace entre el lenguaje directo y el metafórico es la frase *phylássei prágos*, aplicable indistintamente al gobernante de la ciudad y al piloto de la nave. Más adelante, en los vv. 27-29, vuelve a aparecer la metáfora, aquí débilmente insinuada; pero subyacente a lo largo de la mayor parte de la obra:

*y él, por ser ministro de tales vaticinios,
dice que la mayor acometida aquea
en la noche se discute y a la villa se lanza.*

La débil alusión, que, en cierta manera, unifica estéticamente todo este primer episodio, está aquí en el término *prosbolé*, aplicable lo mismo al ataque de un ejército de infantes que al abordar de una nave. Pero continúa la metáfora pocos versos más abajo, en un contexto — y esto es muy importante — de exhortación al valor y a la solidaridad:

*llenad los parapetos, y encima de los bancos
de las torres estad* (vv. 32-33).

Con el simple uso de la palabra *σέλιμα*, la población de Tebas queda automáticamente convertida en la tripulación de la nave, a las órdenes de su timonel, Etéocles.

Seguidamente habla el mensajero (vv. 62-64):

*mas tú, cual de la nave timonel diligente,
refuerza la ciudad antes que el soplo llegue
de Ares, pues de la hueste la ola terrestre ruge.*

Huelgan aquí los comentarios, excepto que el verbo *phráxo* se puede aplicar lo mismo al refuerzo de las murallas que al de la cubierta de las cuadernas de una nave. Y de nuevo la llamada a la acción en el *kommós*, ante las mujeres tebanas (vv. 208-210):

*¿Cómo? ¿Acaso el marino de popa a proa huyendo
encontrar jamás pudo de la salud el medio,
maltrechado el navío en la ola marina?*

No hay duda, a nuestro juicio, de que el uso de la metáfora de la nave a intervalos más o menos regulares a lo largo de la obra ha de ser intencionado y no un mero procedimiento aislado. Para nosotros, es como un hilo que une a Etéocles, el hombre marcado por el destino, a su quehacer, al deber que acomete a pesar de saberse perdido. Veamos en 689-91:

*Ya que el dios estos hechos con su poder impulsa,
marche según el viento, el Cócito afrontando,
odiosa para Febo la estirpe toda de Layo.*

Y así es, en efecto, como aparece ante nosotros el personaje de Etéocles; llegados a este punto de la obra, hemos olvidado su culpabilidad y lo vemos como el hábil piloto que habrá de perecer para salvar la nave y a quienes la tripulan. Y ante él está el coro mujeril que no comprenderá su esfuerzo ni su sacrificio: a ellas sólo importa el temor de anegarse en la ola que se abatirá sobre los costados del bajel, las riquezas que habrán de echar por la borda para impedir el naufragio:

(vv. 758-761): *Un como mar de males sus olas aquí empuja:
una ya cae, pero levanta otra
de triple garfio, que en la proa
de nuestra villa rompe.*

(vv. 769-771): *Obliga a tirar carga por la proa
de hombres afanosos
demás de próspera riqueza.*

Es interesante observar cómo el clímax ascendente de la obra coincide de pleno con el clímax ascendente de la metáfora, para quedar truncados ambos con las palabras del mensajero; y de allí iniciarse el descenso (vv. 795-796):

*La ciudad, tanto en calma como bajo el embate
numeroso de la ola, jamás hizo agua.*

FRANCISCO J. CUARTERO